

Somos conscientes de que todo el mundo ha sufrido durante la crisis sanitaria de COVID-19. ¿En qué medida se han visto afectadas las zonas rurales? ¿Han vivido algún beneficio en algún aspecto por la despoblación?

Es evidente que las áreas rurales han tenido un menor afección que las urbanas por la propia génesis territorial del COVID-19, ligada a los procesos de concentración de población y movilidad desenfrenada, dos características antagónicas con la naturaleza de nuestros pueblos y aldeas. Sin embargo, no debemos bajar la guardia, pues estamos ante poblaciones profundamente envejecidas donde sino controlamos los movimientos la pandemia puede generar estragos, pues ya sabemos que su mayor letalidad se alcanza en los adultos-viejos.

La despoblación, por desgracia, no genera beneficios sino al contrario, imbuje a los territorios en un círculo vicioso tendente a la desestructuración socioeconómica y ambiental de los mismos. Por ejemplo: a menor población, menos actividad económica, menos servicios (sanitarios, educativos, de telecomunicaciones...) y por lo tanto menos atractivo para que se asienten nuevos pobladores; paralelamente hoy sabemos que estas tendencias acarrearán riesgos ambientales, como los derivados en los cambios en los paisajes fruto de la desaparición de las actividades tradicionales (agricultura, ganadería, silvicultura...) que desencadenan procesos de revegetación masiva y que son el germen sobre el que prenden los incendios incontrolables a los que estamos asistiendo en los últimos años.

¿Cree que la crisis sanitaria marcará un antes y un después en la distribución de la población? ¿Habrá un replanteamiento de la sociedad respecto a los factores que llevan a la concentración en las ciudades, volviendo en cierta medida a áreas menos urbanizadas?

Más que creer, es lo que deseo. Espero que sea un punto de inflexión que nos permita generar la conciencia social necesaria para implementar nuevos modelos territoriales más equilibrados, sostenibles y más ajustados a su contexto ecológico. Einstein decía que “la locura es hacer las mismas cosas esperando obtener resultados distintos”, pues que nadie espere que vayamos a salir de esta crisis que, por desgracia, es más que sanitaria, con las mismas recetas territoriales. Es la hora de plantear nuevos modelos territoriales, en los que dejemos a un lado los procesos “metropolización” y difusión urbana como elementos de vertebración territorial, y pongamos la vista en lo local, para así generar una estructura territorial equilibrada en un marco de cooperación campo-ciudad en la que ambas partes salgan favorecidas. Es un terreno en el que creo que los geógrafos tenemos mucho que

decir, tenemos la encomienda de generar esa conciencia social que permita a la sociedad ver a los espacios menos urbanizados como un territorio de oportunidades.

¿Medidas establecidas a raíz del virus pueden producir un efecto “llamada”? En caso afirmativo, ¿cree que se haría de manera prolongada o sólo durante la pandemia?

En cierto modo lo han producido, pero todavía no sabemos su alcance. Ya hay evidencias de ello, el mercado inmobiliario así lo refleja con un repunte de la demanda de vivienda unifamiliar y de segundas residencias. Posiblemente su alcance vendrá determinado por la intensidad de la pandemia, si como pronostican algunos modelos, hay una segunda oleada de contagios, con confinamiento de nuevo, el efecto puede ser prologando en el tiempo, sobre todo en aquellos núcleos de población que cuenten con buena conectividad (por carretera y vía telecomunicaciones) y con buenos servicios, pues son dos premisas a las que la sociedad actual no está dispuesta a renunciar.

¿Cree que hay alguna manera para equiparar en infraestructuras y equipamientos al medio rural para atraer a nuevos residentes a la zona?

En realidad, y a mi entender, esta cuestión es deriva de lo que venimos sosteniendo en las primeras preguntas. Es una cuestión íntimamente ligada al modelo de territorios que queremos como sociedad, que se plasma en la dicotomía hipertrofia-equilibrio. La equiparación hasta ahora la hemos ligado siempre a la voluntad política, pero debemos recordar que ésta en gran medida responde a las pulsiones sociales, por lo que la equiparación pasa incuestionablemente por generar una conciencia social que demande esa “igualdad de oportunidades” sobre la que se ha de basar la nueva cultura del territorio, como respuesta al cambio global en el que nos encontramos inmersos.

En numerosas ocasiones se dice que uno de los problemas del despoblamiento en las áreas de montaña se debe al reducido acceso a una conexión a internet de calidad. ¿Cree que es un factor determinante? ¿Qué grado de importancia puede tener este factor en el despoblamiento?

Determinante no, pero excluyente sí. La calidad de conexión es un factor que representa muy bien el coste de oportunidad de vivir en un territorio u otro. En un mundo global es una de las mejores herramientas que tenemos para posicionar lo local en igualdad de condiciones. La pandemia ha hecho aflorar de nuevo los desequilibrios de conexión entre áreas urbanas y rurales, y ha supuesto un obstáculo para nuevas fórmulas de desarrollo

como el teletrabajo rural. Es además un hándicap para otros elementos que deben estar presentes en la nueva ruralidad que se genere en el post-covid, como la formación a distancia, la tramitación administrativa *online* o la digitalización de las actividades tradicionales, como pueden ser las oportunidades que brinda el pastoreo digital mediante el geoposicionamiento de los animales o el seguimiento de cultivos, entre otros.

Hablando sobre la gente joven que recurre a las ayudas de los programas LEADER de su zona, ¿en general son originarios de la zona del Alto del Nalón o provienen de otros lugares?

De una manera u otra los jóvenes que recurren a las ayudas, sin ser el empadronamiento un requisito, tienen “raíces” en el Alto Nalón. Se dibujan dos perfiles claros: los que siempre han vivido en la Comarca, que en gran parte son los que apuestan por el mantenimiento y reciben el testigo de las actividades tradicionales, como es el caso de la ganadería. De otro lado están los que han salido a estudiar y vuelven, o los retornados de segunda generación, que son los que en gran medida están protagonizando la diversificación de la economía rural, en el caso del turismo rural o la incipiente industria agroalimentaria.

El prestigio del Parque Natural de Redes desde el punto de vista medioambiental y turístico ¿tiene influencia a la hora de que haya gente emprendedora que decida ubicarse en el Alto Nalón?

La declaración de Espacios Naturales Protegidos (ENP) en general, y Redes en particular, funciona indudablemente como un reclamo socioeconómico, el marchamo de calidad ambiental que imprime atrae a emprendedores externos a estos territorios. Si bien hay que señalar que la población local identifica en muchas ocasiones los ENP como una traba para su desarrollo socioeconómico por la carga burocrática que llevan aparejada. Independientemente de una u otra percepción, uno de los objetivos de la declaración del Parque Natural de Redes es “el desarrollo socioeconómico de sus poblaciones” y tanto la evolución demográfica como el empleo como indicador de la actividad económica, evidencian que no lo hemos conseguido. Estamos todavía a tiempo de replantear algunas posturas que permitan la consecución del citado objetivo y el acercamiento del ENP a las comunidades locales.

¿Cree que el fomento del turismo rural es una iniciativa óptima a la hora de reflotar las áreas de montañas y animar a los jóvenes a instalarse? ¿Optar por el turismo

puede generar efectos nocivos? ¿Es relevante la estacionalidad del turismo?

Respecto al turismo rural opino que es un “buen complemento, pero un mal sustituto”, es decir funciona muy bien como fórmula de diversificación productiva complementaria a las actividades tradicionales, y mal como un intento de especialización unidireccional de las economías rurales. Entenderlo así implica una vuelta a los orígenes, a plantear el turismo rural como un complemento de las explotaciones agrícolas y a las pequeñas industrias agroalimentarias rurales, porque así, no sólo ayudará a oxigenar sus apretadas cuentas explotación, sino que puede contribuir a valorizar sus productos y las actividades que se deben realizar para generarlos por parte la sociedad, y a que entiendan el papel activo que tienen en el mantenimiento de los paisajes y la biodiversidad que vienen a conocer y a disfrutar.

En la presentación del tema "Ganadería ecológica: generando biodiversidad y conservando paisaje" comenta que se da una excesiva dependencia de las subvenciones, ¿Existe una fórmula para no depender de dichas subvenciones? ¿Qué podría motivar a los jóvenes a apostar por este sector y favorecer, de este modo, una repoblación del medio rural?

Para explicar la cuestión de la dependencia hago mío un lema por el que claman muchos agricultores y ganaderos en nuestro país: “que lo nuestro valga”, con independencia de subsidios y subvenciones. Para no depender de ellas lo que tenemos que hacer es declarar los productos agrarios, en tanto son alimentos, como bienes de primera necesidad, y a partir de ahí optar por unos Precios Mínimos Agrarios (PMA) que garanticen los costes de producción y una parte de la cadena de valor de los productos a los agricultores y ganaderos, tal cual se aplica en algunos países, como puede ser el caso de Canadá. Sólo así conseguiremos romper la dependencia de las subvenciones y dotar de independencia a nuestras explotaciones familiares.

La mejor fórmula de hacer atractivo el sector para los jóvenes es hacerlo rentable, no sólo en términos económicos sino también sociales. Hay que hacer una campaña orientada a la desmitificación del agricultor y el ganadero como profesiones de segunda, a su puesta en valor como agentes sociales, que no sólo nos están proveyendo de alimentos sanos y seguros, sino que además están manteniendo nuestros paisajes y la biodiversidad asociada, a la vez que luchando activamente contra el cambio climático.

¿Cree que el sector ganadero tiene futuro en la región? ¿Hay estrategias definidas más allá de ayudas económicas?

No sólo creo que tiene futuro, sino que tiene un papel determinante en el futuro. Entroncando con la pregunta anterior, la ganadería en Asturias debe pasar ser considerada una actividad económica a una herramienta de gestión territorial multifuncional, capaz de proveernos de alimentos de calidad, mantener nuestros paisajes en mosaico, luchar activamente contra la “matorralización” y los incendios forestales, conservar la agrobiodiversidad y el patrimonio genético que a ella se asocia, y lo que no es menos importante en la actualidad, mantener activos uno de los sumideros más eficientes de CO₂: los prados y pastizales, que son a la vez una de nuestras señas de identidad regional.

Puestos a hablar de estrategias, en mi modesta opinión, la primera incógnita que deberíamos despejar entorno a la ganadería es si queremos ser competitivos en base a cantidad o a la calidad diferenciada de nuestros productos. En una región con importantes hándicaps productivos, yo me inclino hacia la segunda de las opciones con una estrategia de producción en base a pastos que dote a nuestras ganaderías de autonomía alimentaria a la vez que, de una clara diferenciación de sus producciones, tanto por sus cualidades organolépticas como por su contribución en la provisión de servicios ecosistémicos. De hacerlo así estaríamos poniendo productos en el mercado que en su ciclo de vida tendrían un balance positivo en cuanto a emisiones, una cuestión que muchos consumidores ya empiezan a valorar y que habrá que empezar a reconocer y remunerar a aquellas explotaciones que nos están ayudando a frenar el cambio climático.

Nos gustaría preguntar por otras zonas rurales de Asturias, para conocer su punto de vista, por si aprecia diferencias respecto al Alto Nalón. En el suroccidente de Asturias durante cierto tiempo fue relevante la actividad minera y atrajo mucha población. ¿Existe alternativa a la minería en comarcas de este tipo?

Claro que existe, pero lo primero que hay que generar en comarcas de este tipo es un cambio de mentalidad, que desvincule el empleo de lo público y lo vincule al emprendimiento ligado al aprovechamiento de los recursos locales. El Suroccidente tanto por su posición de aislamiento, como por su configuración montañosa, ha entrado en el catálogo de territorios marginales desde la óptica que impone el pensamiento productivista industrial, pero hoy tenemos que mirarlo con otros ojos, con los propios de una sociedad postindustrial capaz de transformar los espacios marginales en espacios de

oportunidades, mediante el aprovechamiento integral y sostenible de sus recursos locales, en el marco de una economía circular tendente a retroalimentarse.

¿Qué acciones llevadas a cabo en los concejos en que trabaja han funcionado mejor y han conseguido generar empleo y/o fijar población joven y de mujeres de forma efectiva?

¿Existe, ya en marcha, algún plan para la fijación de población con suficiente apoyo institucional?

Posiblemente las acciones con más capacidad de fijación de empleo, tanto joven como femenino, sean las vinculadas a la industria agroalimentaria, y ahí tanto Asturias en general, como el Alto Nalón de manera muy particular, tienen un campo de oportunidades muy interesante. En el caso del Alto Nalón llama la atención como una comarca con una potente impronta ganadera así como cinegética, sólo tiene dos empresas dedicadas a la transformación de sus productos cárnicos, lo que nos indica que el valor añadido de estas producciones se genera en otros territorios.

Al respecto de la segunda pregunta cabe señalar el hito que ha supuesto el Plan Especial para los concejos del Suroccidente Asturiano, elaborado por los compañeros del Observatorio del Territorio, por encargo de la Consejería de Presidencia del Principado de Asturias. Surge como un programa integral de actuaciones para el periodo 2015-2025, con el objetivo de “dar una respuesta global, coordinada y específica a las necesidades socioeconómicas de la comarca y que, a su vez, contribuya a frenar el proceso de declive demográfico”.

Teniendo en cuenta las características demográficas, económicas y los recursos territoriales, ¿cuáles cree que serían los pasos clave para conseguir un desarrollo rural (económica, ecológica, social y culturalmente) sostenible, realista y real?

El primer paso es lograr una participación efectiva de las comunidades locales en el proceso de desarrollo, sin implicación de la comunidad local los intentos serán fallidos. En segundo lugar, en una región donde el 50 % del territorio son “terrenos comunales”, ascendiendo en algunos municipios al 80%, debemos de devolver las comunidades locales la capacidad de gestión del espacio propio, de tal manera que la “hiperburocratización y ultraconservación del territorio” no supongan un lastre al emprendimiento. Y en tercer lugar, creo que sería buena una transición en las ayudas públicas, o al menos en una parte de ellas; debemos generar las condiciones estructurales

para que se desarrolle el emprendimiento rural en igualdad de condiciones al urbano, más que seguir apoyando con subvenciones a fondo perdido a la iniciativa privada.

Aparte de lo comentado anteriormente, ¿qué otros factores de atracción puede guardar el Alto Nalón?

El Alto Nalón guarda un atractivo que lo dota de singularidad en el contexto regional asturiano derivado de la dualidad que ofrece la combinación de un territorio de indudable valor ambiental, salpicado de pequeños núcleos de población, con un caserío recuperado en las últimas décadas, que en su mayor parte caen por debajo de la isócrona de los 60 minutos respecto a los tiempos de desplazamiento al área metropolitana central. Uno de los desafíos más interesantes que se enfrenta el Alto Nalón, es sin lugar a dudas, la transformación de su segunda residencia en residencia habitual, tal cual planteamos en mi tesis doctoral, y también ha señalado el actual Comisionado para el Reto Demográfico en Asturias, Jaime Izquierdo Vallina, como estrategia de futuro para los territorios rurales en su comparecencia en la Comisión no permanente para la Reconstrucción Económica y Social de España tras el COVID-19.

Finalmente, ¿cómo cree que se encontrarán las zonas rurales asturianas de aquí a 10 años? ¿Se frenará la sangría demográfica o se ha llegado a un punto de no retorno?

Pues con certeza no lo sé, porque creo que el futuro está por escribir, y más en el actual escenario que nos movemos. A pesar de ello, la situación actual y la dinámica que arrastramos nos invitan a ser poco optimistas. Creo que es muy importante empezar a trabajar con el riesgo de despoblamiento del territorio a escala de núcleo rural. De antemano sabemos que, de las 6.742 entidades de población que tenemos en Asturias, 755 entidades no tienen habitantes, 303 cuentan con un residente y 3.129 tienen menos de diez efectivos empadronados, considerado por muchos autores como el umbral de resistencia al poblamiento. Realizar un estadiaje del riesgo de vaciamiento demográfico, mediante la combinación de variables como población real, población de más de sesenta años, la densidad de población y su evolución reciente, nos permitirá aproximarnos de forma segura al riesgo de despoblación, que a priori se puede clasificar en cinco rangos: sin riesgo, bajo, moderado, alto y muy alto, según nuestros pueblos vayan superando los umbrales de corte de cada una de estas variables. Trabajar así nos hará entender que no vamos a poder mantener la actual estructura de poblamiento con el panorama demográfico que tenemos; y que, quizás, debemos ser selectivos y centrar nuestros esfuerzos en tejer una malla equilibrada de pueblos en el territorio con aquellos que a día

de hoy presentan cierto grado de viabilidad demográfica, siendo conscientes de que los vacíos poblacionales van a existir, y que es mejor que lo sea de forma ordenada.

Otra cuestión no menos importante al respecto es la necesidad que tenemos en rediseñar la célula básica del poblamiento rural asturiano: la aldea. Diseñar la configuración espacial y socioeconómica de la aldea del siglo XXI, bajo parámetros de eficiencia económica, social y ambiental, mediante la actualización de las actividades tradicionales aplicando las innovaciones técnicas disponibles y con la incorporación de otras nuevas que generen valor añadido, es una asignatura pendiente que no podemos dejar correr otra convocatoria. Se trata del paso incuestionable de la teoría a la práctica, pues el ensayo mediante la puesta a punto de prototipos o “aldeas modelo” será la mejor prueba, a la vez que el mejor exponente, para los territorios rurales que apuesten por ganar la batalla al despoblamiento.

Laviana, a 15 de junio de 2020